

# 姬生 Ji Sheng

## Zorro

En el pueblo de Nanyang, residía una familia de apellido È. Vivían sin mayores problemas, hasta que un día empezaron a desaparecer objetos de la casa.

Un día fueron los floreros que se desvanecieron en la oscuridad de la noche. Otro día fue el jarrón apreciado del señor de la casa. Luego fueron los espejos de bronce de las señoritas. Y así estuvieron las cosas por varios días más.

No creyeron en la posibilidad de ladrones. Realizar robos menores tan seguidos no tenía sentido alguno. Además, ni los perros guardianes alertaron ninguna presencia extraña durante las noches.

Un día de casualidad, el Sr. È invitó a su amigo Ji, quien era un *xiucaí*<sup>1</sup>, a cenar en su casa. Los dos bebieron hasta la medianoche y el *xiucaí* se quedó a descansar en la habitación de los huéspedes.

A la mañana cuando se levantó, los sirvientes le comentaron sorprendidos que no había ocurrido ningún robo esa noche. No comprendió a qué se referían hasta que el Sr. È le aclaró el asunto.

---

<sup>1</sup>*Xiucái*: título oficial para un literato con el cual podía acceder a los exámenes imperiales.



¿Mera coincidencia o había alguna razón en esta excepción? Para comprobarlo, el Sr. È lo invitó de nuevo a su casa luego de varios días. Terminada la cena, durante la cual nadie bebió en exceso, se quedaron aguardando, a la espera del supuesto intruso. Todos los integrantes de la familia, incluso los sirvientes, ocuparon sus lugares. Cada rincón de la casa estaba vigilado.

A la mañana siguiente, se pudo comprobar que no hubo ninguna pérdida. ¿Había sido porque todos estaban despiertos vigilando, o por la sencilla presencia del *xiucaí*? Evidentemente, estas eran las dos únicas razones posibles.

Cada vez más intrigado, y a la vez comprometido con este singular hecho, Ji quiso hacer una prueba: esa noche todos dormirían fuera de la casa y él se quedaría adentro.

Sin embargo, no fue tan sencilla la espera. Pasada la medianoche, el *xiucaí* cabeceaba sentado en el salón. Ningún ruido perturbaba la tranquilidad de la noche desierta. Según iba pasando el tiempo, más difícil le era mantenerse despabilado. Para colmo, sintió hambre. Cruzó el jardín para llegar hasta la cocina y sólo al cruzar el umbral, se dio cuenta de que unos ruidos, casi imperceptibles, delataban al extraño que se ocultaba entre los muebles.

Ji avanzó unos pasos sigilosamente, hasta el lugar de donde provenían precisamente los sonidos que rompieron la quietud de su estado semiconsciente. Se asomó y, lo que vio, lo dejó de piedra.

Despertó bañado en sudor frío en la cama de huéspedes de los È. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué fue lo que ocurrió la noche anterior?

En ese momento subió el Sr. È para llevarle una taza de té y, al verlo despierto, le explicó lo sucedido: al primer canto del gallo, los sirvientes entraron a la casa y lo encontraron a él inconsciente en el suelo de la cocina. El *xiucái* le contó al Sr. È lo que había visto anoche. Le mencionó acerca de un animal pequeño, con gran parecido a un zorro, con la particularidad de que, además de tener un hocico muy largo, toda su piel estaba cubierta de pelos rojos incandescentes. A su parecer, el extraño que molestaba durante las noches era un *jing*<sup>2</sup> de zorro. El problema no era sumamente grave después de todo, pero sí que era muy molesto. Ji, como buen amigo del Sr. È, pensó otra solución por él.

Esta vez el literato se dedicaría a atraer al *jing* con licor y objetos diversos; dicho de otra manera, servirle en bandeja de plata. Tenía que reconocer que le era imposible capturarlo, pero al menos intentaría por todos los medios negociar una paz con el animal.

Todo estuvo preparado y el *xiucái* aguardó pacientemente la aparición del ladrón. Mientras tanto, él bebía y lo invitaba al zorro a aparecer y beber con él. Sin embargo, esa noche el *jing* no se presentó.

---

<sup>2</sup>Jing: según la leyenda china, se refiere a los animales o plantas que alcanzaron cierto grado de inmortalidad y que pueden reencarnarse en figura humana.



A la hora de la mañana se fue a su casa. “¿Por qué no habrá aparecido el *jing*?”, reflexionaba. Esa noche el *xiucaí* se quedó en su propia casa y preparó todo como lo había hecho la noche anterior. Quería saber si el *jing* lo seguiría o no, y tal vez averiguase alguna de sus particularidades.

Esa noche, mientras esperaba, le dedicó varias poesías al zorro, invitándolo nuevamente a que hiciera presencia para beber algunas copas. Pero una vez más, se quedó solo.

Pasaron varias semanas y la esposa del *xiucaí* se empezó a preocupar por la salud de su marido. El hombre se estaba obsesionando con ese “bicho” cada vez más. A su parecer, era completamente absurdo pensar que podría existir tal cosa.

Un día de éstos en los que al parecer nada iba a suceder, ocurrió lo inesperado: Ji se encontró con una copa llena de licor en el salón. Había una nota junto a la copa y parecía ser un mensaje del zorro. Decía que se disculpaba por no haber aceptado sus invitaciones y que le enviaba ese licor para compensarlo.

Lo que faltaba, pensó el literato. ¿Cómo podía un zorro escribir en su idioma? ¿No habría sido una broma pesada de su esposa? No le importó, hizo fondo blanco y se fue a dormir.

A mitad de su sueño se despertó agitadamente. No podía pensar con claridad y su cuerpo se movía completamente por instinto. Un sentimiento extraño embargaba

todo su cuerpo. Salió de la cama y se dirigió disparado hacia el balcón. Dio salto acrobático y milagrosamente aterrizó en el suelo de la calle desde dos pisos sin herirse. Avanzó a cuatro patas por los callejones solitarios a una velocidad alarmante.

Se detuvo frente a una de las casas más grandes del pueblo. Un salto fue suficiente para sobrevolar los muros tan altos que hasta empequeñecían a la empalizada que rodeaba el pueblo. Sin mayores esfuerzos se deslizó por una de ventanas y comenzó a comprender a dónde iban las cosas: estaba entrando a esa casa para robar, y su voluntad era incapaz de doblegar su ya rebelado cuerpo.

Todo ocurrió muy rápido, tomó objetos de valor y otros sin importancia. Agarró un saco de arroz en la cocina, la vació y metió todo adentro. Escabullirse entre la neblina del amanecer fue lo último que vio.

Cuando la Sra. Ji abrió los ojos, se sobresaltó del horror. Pensaba que tenía a un demonio durmiendo a su lado, pero resultó ser su marido, cuyo aspecto era casi irreconocible, tan sucio y lleno de barro. Al lado de la cama descubrió una gran bolsa y la vació. El contenido simplemente la dejó atónita. Zarandeó a su esposo como pudo hasta despertarlo.

Cuando éste vio la escena, con decir que estaba asombrado nos quedaríamos cortos. ¿Qué fue realmente lo que produjo este hecho? Tuvo que aplazar sus razonamientos para atender a su señora escandalizada y con una cólera del fin del mundo, reprochándole



por cometer robos siendo un literato, un hombre educado.

No fue hasta que le contó toda su pesadilla de la noche, cuando por fin logró apaciguar la furia de la mujer. Sin embargo, no habían terminado sus problemas todavía y fue obligado a devolver lo robado. Le pareció una locura, pero ella tenía la idea fija en su cabeza.

A medianoche, cuando solamente los grillos entonaban sus melodías dedicadas a la reina de la noche, Ji estaba en la calle de nuevo. Con el bulto a sus espaldas regresó al lugar de los hechos de la noche anterior. Distinguió varios serenos alertas a cualquier movimiento, pero los esquivó y se trepó a un árbol a un costado del camino. Desde la altura lanzó la bolsa que cruzó sin problemas la muralla y cayó del otro lado con un ruido seco.

Al día siguiente Ji fue a desayunar en un puesto callejero, el mozo le comentó que unos ladrones audaces habían robado la mansión del Sr. Luo, terrateniente más rico del pueblo, y que la noche pasada aparentemente los malhechores se arrepintieron y devolvieron todo. Los dueños decidieron no denunciar este robo ya que habían recuperado lo robado.

Lo suyo ya estaba hecho, le quedaba ajustar las cuentas con el travieso *jing* que le jugó tan mala pasada, pero tenía que dedicarse por tiempo completo a sus estudios, ya que los exámenes imperiales se avecinaban.

Las largas noches de insomnio y todo el esfuerzo dedicado fue recompensado con la obtención del primer lugar en las instancias provinciales. Los jurados determi-

naron que se merecía ser premiado y el *xiucaí* fue invitado a la capital provincial.

Se preparó para la ocasión y viajó lleno de alegría a la magnífica ciudad, sin saber que en el gran día de la ceremonia, otra vez a Ji le irían mal las cosas.

En el imponente salón de la alcaldía, con cientos de funcionarios presentes, la desgracia llamó de nuevo al pobre hombre. En un momento, un funcionario vio que en lo alto entre las vigas de madera, había una pancarta con grandes letras rojas que anunciaba el robo que comió Ji hace un tiempo. “¿Cómo podía ser posible esto?”, pensaba desesperado. Se suponía que nadie más que su propia esposa conocía ese oscuro hecho.

Un murmullo se desató en el salón. ¿Cómo había llegado ese cartel ahí? ¿Quién lo había colocado? El gobernador de la provincia, que estaba presente, le preguntó al literato si le podía explicar lo que estaba sucediendo. Apelando a la sinceridad, su única esperanza, Ji relató con sumo detalle su particular historia. Al terminar, juzgando por las expresiones de los presentes, temió que lo hubiesen tomado como una burla. Cuando el gobernador tomó la palabra y le dijo que le creía, por más absurdo que pareciera, Ji no lo podía creer. El funcionario le explicó que a pesar de las circunstancias difíciles en las que se encontraba, fue capaz de decir la verdad y no se acobardó en contar su historia.

El literato se vio recompensado doblemente. En su camino de regreso al pueblo, entre las oscilaciones de la carreta que inducían a un dulce sueño, refle-



xionó sobre el *jing*, al que nunca le hizo el menor daño, pero que se dedicó a hacerle la vida imposible a él y a los demás. ¿Sería instinto del animal?